

ATHENA ALCHAZIDU

TIEMPO Y ESPACIO EN *HISTORIAS DEL KRONEN*, UNA DE LAS CRÓNICAS URBANAS DE LA GENERACIÓN X

La última década del siglo XX estaba relacionada con la espera del fin del siglo y del milenio. Un final simbólico de una era, asociado con una gran frustración generalizada en la sociedad occidental que en aquellos momentos estaba pasando por un período crítico. Ese juego de símbolos, igual que la atmósfera impregnada de desilusiones y desesperanzas que dominaban en la sociedad moderna, tienen su reflejo en las obras de autores que publicaban en dicha época.

En la escena literaria española finisecular surgieron varias obras interesantes que han dejado una huella imborrable en la historia moderna de las letras ibéricas. Entre las novelas más destacadas ocupa un lugar especial, sobre todo, la novela *Historias del Kronen* de José Ángel Mañas, quien junto con otros autores jóvenes —sobre todo Ray Loriga y Lucía Etxebarria—, es representante por excelencia de la llamada “Generación X”. Puesto que el tiempo igual que el espacio reciben en sus obras un trato especial, resulta muy interesante prestarles atención y comentarlos.

A la hora de someter algunas novelas de autores finiseculares al análisis buscando respuesta a la pregunta de cómo se trabaja con el espacio, vemos que se puede tratar de un sinfín de opciones en el que desempeña un papel importante la línea divisoria entre dos espacios, una línea que de alguna forma representa cierto tipo de frontera. Ésta abarca todo un amplio abanico de posibilidades, desde la delimitación de diversos espacios geopolíticos, hasta espacios imaginarios, o espacios internos que se encuentran en el mundo interior de los personajes. Se puede tratar de espacios reales o de otros ficticios. Además, podemos detectar cierta tematización interesante tanto del tiempo como del espacio. Resulta, por consiguiente, sumamente interesante ver cómo se trazan dichas fronteras, y por dónde conducen estas líneas divisorias, qué tipo de espacios delimitan y cómo.

En relación con el período finisecular se habla, además, de otro tipo de frontera ficticia —relacionada con el tiempo—, lo que podríamos denominar frontera cronológica, percibida fuertemente hace unos nueve, diez años. Esa frontera entre el siglo XX y el XXI, la que separa el segundo milenio del tercero. Así lo percibe, entre otros, Sabas Martín al declarar que: “[...] a las puertas del tercer milenio, la actual incertidumbre ante las grandes bifurcaciones históricas que habrán de sur-

gir como resultado del declive que precede al final de un tiempo y el nacimiento de una nueva era propicia a una cultura de mezcla y encrucijada un pensamiento en agonía”¹. Se trata de un momento cargado de simbolismos al que se alude con frecuencia tanto en obras literarias, como en textos periodísticos, ya que “[...] el fin de milenio [representa] un cambio de época al que se suele atribuir una carga transgresora, decadentista —en su dimensión metahistórica— y a la vez renovadora [...]”²

En cuanto al concepto filosófico, todos los autores de la Generación X optan por una visión negativista de la existencia humana, cargada de un profundo pesimismo. Esta visión negra del ser humano y de su existencia se puede detectar claramente, ante todo, en la elección de los temas y en los personajes retratados. Uno de los temas más importantes en los autores mencionados está relacionado con los conflictos generacionales. He aquí una de las razones del porqué sus obras son protagonizadas por las dos generaciones que se enfrentan desde siempre: la de los padres y la de los hijos, representantes de la juventud, cuyo mundo externo, así como el interno —constituidos por numerables y diversos espacios concretos—, dichos autores intentan reflejar en sus novelas.

Dado que los argumentos de la mayoría absoluta de las obras están ambientados en las grandes ciudades, las novelas representan cierto tipo de crónicas urbanas. En ellas se recoge un testimonio de la realidad cotidiana de la generación joven que se centra en la vida “noctámbula y drogota urbana”³.

Se puede hacer constar que en la mayoría de los casos los protagonistas de los autores mencionados representan gente joven en busca de su propia identidad, y como tales, por lo tanto, están retratados. A menudo, se trata de jóvenes que viven en un mundo hostil, dominado por la crueldad y la violencia, donde sólo hay indiferencia y egoísmo. Es un mundo frío y deshumanizado —del que, por eso, quieren escapar con ayuda de drogas— que se ve materializado y reflejado en los espacios concretos del ambiente urbano. Se trata, por una parte, de espacios a los que podemos denominar abiertos —los barrios céntricos con sus calles animadas, así como las zonas de las afueras menos frecuentadas—, y por la otra, de espacios cerrados. Pero sobre todo se trata de bares, discotecas y demás establecimientos en los que se suelen reunir.

Estos jóvenes que de forma ostentosa demuestran su desdén por las autoridades, por el orden respetado por sus padres, sin embargo, no tienen alma de rebeldes. Ellos tan sólo detestan, rechazan y niegan lo establecido sin tener su propia alternativa. Son conscientes de que su falta absoluta de ideales les inhibe y, por lo

¹ Véase la introducción de Sabas Martín titulada “La agonía del siglo o la desaparición de las certezas”, en *Páginas amarillas*. Madrid: Ediciones Lengua de trapo, 1997, p. X.

² BUCK, Anna-Sophia; GASTÓN SIERRA, Irene. «El amor, esa palabra...» *El amor en la novela española contemporánea de fin de milenio*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2005, p. 9.

³ MANCHA, Luis. *Generación Kronen*. Alcalá de Henares: UAH, 2006, p. 12.

tanto, en el fondo, sufren y son infelices. Es una generación perdida, aún más que cualquier otra. La más perdida de todas.

En este momento conviene, tal vez, aclarar el nombre de “Generación X” atribuido a los escritores nombrados. Entre las numerosas denominaciones que se dieron a los nuevos escritores españoles finiseculares figuraba la de “Generación Kronen”, un nombre con una clara alusión precisamente a la novela *Historias del Kronen* de José Ángel Mañas⁴, que a su vez, se refiere a un bar que en la novela desempeña un papel importante, ya que se trata de uno de los establecimientos más frecuentados por los protagonistas.

De todas formas, actualmente se utiliza ante todo el término de “Generación X” que hace referencia al título del bestseller de Douglas Coupland⁵. En esta novela —que en su tiempo impactó de una forma u otra casi a todos los escritores noveles españoles—, el autor retrata a los jóvenes en la década de los noventa, y se centra en sus mayores problemas derivados de la crisis de la sociedad occidental. La denominación de “Generación X” en relación con los escritores españoles, en nuestra opinión, resulta mucho más adecuada y apta, ya que logra expresar mejor el carácter de los jóvenes de aquella época que protagoniza sus obras. La X, un inequívoco símbolo de la incógnita, de lo indefinido y de lo desconocido, alude a una de las características más llamativas de la nueva generación de la sociedad postmoderna en el umbral del nuevo milenio.

Como ya hemos mencionado, en la mayoría de las obras podemos ver una sobrecarga excesiva de un profundo pesimismo y nihilismo. Se trata de unas posturas que reflejan muy bien la crisis espiritual del período finisecular. Los protagonistas —en la mayoría de los casos unos jóvenes apáticos y abúlicos— se hunden en la pasividad, porque no se ven obligados a ganarse la vida. Puesto que provienen de capas sociales acomodadas, no sufren de escasez económica. Por otro lado, sin embargo, podemos ver que esta circunstancia produce un desequilibrio peculiar: la abundancia material, por una parte, está contrapuesta por el vacío espiritual, por la otra. Los personajes llevan una vida sin objetivos, sin metas, sin ideales. Se trata de personas inmaduras sin convicciones propias y que, además, carecen de las más mínimas ambiciones. Aunque se dan cuenta de las consecuencias de su falta de valores elementales, o no saben, o sencillamente no quieren cambiar nada en sus posturas. Su pasividad y apatía es uno de los factores decisivos que contribuyen a la culminación de la crisis personal de los personajes que al mismo tiempo condiciona su peculiar concepción del tiempo y del espacio. Somos testigos de cómo casi todos acaban hundidos en un abismo, y vemos que no hacen nada para impedirlo.

Lo dicho está reflejado muy bien, por ejemplo, en la escena de la novela citada de Mañas, en la que el protagonista, Carlos, conversa con una amiga.

⁴ La obra —finalista del Premio Planeta 1994— despertó bastante interés entre los lectores, pero también se ganó una atención especial de los críticos.

⁵ COUPLAND, Douglas. *Generación X*. Barcelona: Ediciones B, 1993.

—¿Cuándo vas a comenzar a trabajar?

—Yo, mientras no le falte dinero a mi padre, estoy tranquilo. Tengo mi pequeño sueldo de heredero potencial.

—Pero no puedes vivir así toda tu vida. En algún momento tendrás que independizarte y vivir por tu cuenta.

—Yo estoy bien así. No me importa vivir en casa y no me gusta trabajar

—¿Tú crees que a mí me gusta trabajar? Ni a mí, ni a nadie, pero hay que hacerlo. No se puede ser como tú y tus amigos durante toda la vida. No sois más que hijos de papá, niños monos que no tenéis nada que hacer más que gastaros el dinero de vuestros padres en copas y en drogas.

—Ellos tienen el dinero. Ésa es la realidad. Qué más les da darnos un poco.⁶

El protagonista y sus amigos ofrecen un retrato de adolescentes mimados, que crecen en la abundancia, acostumbrados a recibir, sin dar nada a cambio. Para ellos es natural conseguir sin esfuerzo alguno todo lo que desean, y más. Reciben dinero de sus padres por quienes sienten un gran desprecio que ni siquiera intentan camuflar. No les demuestran ni el más mínimo respeto porque sienten asco por los viejos, como dicen.

—Malditos viejos. Habría que imponer la eutanasia obligatoria a los cincuentaycinco.

—Beitman no se carga a ningún viejo en la novela, dice Roberto.

—Porque le dan demasiado asco, hasta para matarlos.⁷

El respeto, la comprensión o la empatía no tienen cabida en las mentes de estos jóvenes atrofiadas por películas cargadas de violencia y crueldad. La sociedad deshumanizada tiene en sus posturas su reflejo más oscuro.

Ese desprecio se nota también en los comentarios de Carlos sobre su abuelo, a quien visita para que su padre “no le desherede”, como suele decir. Esas visitas no le agradan nada, ya que el abuelo suele hablar del pasado, y según declara el protagonista, el pasado es aburrido.

El viejo comienza a soltar el rollo de la guerra. Habla de cómo su madre se murió de hambre, de cómo a su padre le dieron el paseo los rojos. [...] Las viejas historias del pasado. El pasado es siempre aburrido.⁸

Para los protagonistas no existe nada más que el presente, percibido como el momento vivido ahora al que han cortado todos los lazos: con lo que fue antes, así como con lo que viene después. Para estos jóvenes el pasado carece de interés y es aburrido. Pero el presente, según ellos, tampoco vale mucho.

—No sabes disfrutar del presente.

—El presente es una mierda.

—Pues, el futuro, no te digo. Ya verás. Casado, con hijos, con canas. Viejo y podrido.⁹

⁶ MAÑAS, José Ángel. *Historias del Kronen*. Barcelona: Delibros, 1992, p. 147.

⁷ MAÑAS, José Ángel, op. cit., p. 40.

⁸ MAÑAS, José Ángel, op. cit., p. 83.

⁹ MAÑAS, José Ángel, op. cit., p. 60.

Éste es el marco mental de los protagonistas: sin pasado, con un presente que no vale la pena y sin perspectivas para el futuro, ya que éste está relacionado con la vejez percibida como algo desagradable e incluso asqueroso, como suelen expresarse al respecto.

Los protagonistas de las *Historias del Kronen* desprecian a la generación mayor, y niegan todos los valores que ésta aprecia. Viven el presente, pero es una vida sin proyectos, ya que deliberadamente optan por la inactividad. Es una vida vacía, sin aspiraciones, sin ideales, sin metas, porque estos jóvenes ni siquiera saben lo que quieren. Y en eso consiste la X, la incógnita de su propia existencia, de sus propios deseos. Aquí hay que buscar la raíz de su frustración y de su desesperanza.

El mundo áspero y hostil en el que les ha tocado vivir está relacionado con un presente desagradable. La nostalgia por los tiempos pasados, asociados a un mundo mejor, y perdido, está representada en el personaje del abuelo, quien siempre evoca la época de su juventud. Y aquí se nos presenta una visión de una ciudad completamente distinta, un Madrid que ya no existe. El espacio urbano que se ha sometido a los cambios inevitables de la evolución, no se ha transformado tan sólo en su fisonomía, sino que ha cambiado su espíritu.

En mi época los jóvenes hacíamos otras cosas. Cuando salíamos íbamos al café, donde se podía jugar al ajedrez, donde hacíamos tertulias y la gente discutía mientras se tomaba unos cafés. Había un sentido de compañerismo que ya no existe. La gente de mi edad ha rendido culto a la amistad, una amistad que la guerra puso a prueba. Pero no te quiero aburrir con historias de viejo.¹⁰

Aunque el protagonista asegura a su abuelo que no le aburre, en realidad no le presta atención. El abuelo habla de categorías éticas que al nieto le resultan absolutamente lejanas y desconocidas, y que le dejan indiferente. Así que él ni siquiera llega a descifrar el mensaje, y es sólo por estar distraído y sin interés de mantener un diálogo.

Yo miro la televisión mientras como. El viejo ha dejado de comer y sólo bebe mientras prosigue su monólogo.¹¹

Los jóvenes también se reúnen en bares y discotecas y aquí se produce una interesante confrontación de dos ciudades distintas a pesar de tratarse siempre de una sola: Madrid. Estas dos ciudades están divididas por el tiempo, y lo interesante es ver que no se trata tan solamente de cambios visibles que se proyectan en la anatomía urbana, es decir los espacios exteriores de la ciudad. El contraste entre las dos ciudades se da mediante las generaciones distintas que la habitan, de manera que a pesar de tratarse siempre de una sola ciudad, en realidad son dos, y muy diferentes.

¹⁰ MAÑAS, José Ángel, op. cit., p. 84.

¹¹ MAÑAS, José Ángel, op. cit., p. 82.

Por eso el personaje del abuelo percibe la ciudad moderna como un espacio que no considera el suyo, porque es hostil, debido a sus habitantes a quienes ve como a personas indiferentes, ajenas al dolor y a la desgracia de los demás. Aunque las condiciones económicas han mejorado, las relaciones interpersonales en general han empeorado.

Vosotros no os dáis cuenta de la suerte que tenéis: no habéis vivido la guerra, ni la posguerra, ni la dictadura. Pero no os envidio porque el mundo que os va a tocar a vivir es cada vez más deshumanizado. Yo no lo viviré, pero lo estoy viendo ya. Antes, en mi época, había otra manera de tratar a la gente, había un cierto calor y un respeto. La gente salía a pasear por la calle y se saludaba. Ahora esta mínima ética civil se ha perdido. El otro día vi un programa en la televisión en el que alguien fingía caerse muerto de un ataque al corazón en la Gran Vía y nadie se paraba a ayudarlo.¹²

También el protagonista suele reunirse con sus amigos en bares y discotecas —de hecho, el nombre de uno de estos lugares figura en el título de la obra—, pero no es precisamente para conversar, ya que no pueden hacerlo, aunque quieran. Los protagonistas no pueden mantener una conversación, puesto que el ambiente no se lo permite. En estos espacios la comunicación con frecuencia fracasa por obvias razones. En los establecimientos en los que se mueven los personajes la música suele ser excesivamente alta, de modo que es sencillamente imposible oírse y entenderse. En la novela de Mañas abundan momentos que ilustran lo dicho. Podemos mencionar por ejemplo la escena que describe el encuentro de Carlos con una amiga en un bar. “Hablamos los dos al mismo tiempo. Yo apenas oigo, lo que me dice, porque la música está altísima.”¹³

De todas formas, queda claro que a los propios personajes no les incomoda ese obstáculo, al contrario, están acostumbrados a poner el volumen muy alto, y lo hacen con frecuencia ellos mismos en situaciones en que pueden controlar los aparatos, en sus casas o en los coches.

Así, deliberadamente o inconscientemente, estos jóvenes terminan por trazar a su alrededor unas líneas invisibles que delimitan su propio espacio, donde se sienten seguros y protegidos. Dichas líneas, no obstante, se convierten en ciertas barreras que les separan de los demás. Podemos ver que el mayor problema consiste en traspasar esta frontera entre los dos mundos paralelos, el de los protagonistas y el de los demás, es decir de la sociedad. A pesar de que esa frontera puede parecer invisible, al final podemos comprobar que es realmente impenetrable. Esta forma de separarse de la sociedad produce un cierto tipo de distanciamiento y enajenación cuyas consecuencias directas se pueden ver en las dificultades que impiden a los protagonistas mantener relaciones firmes y sanas. Convencidos de su autosuficiencia emocional, se encierran en su propio microcosmos. Y de esta forma se cierra, a su vez, el círculo vicioso del que no pueden salir: su opción es vivir aislados, pero por otra parte, esa atomización lleva consigo la incapacidad

¹² MAÑAS, José Ángel, op. cit., p. 83.

¹³ MAÑAS, José Ángel, op. cit., p. 18.

de entablar relaciones de amistad, ni hablar del amor. Ellos mismos se dan cuenta de que los lazos que les unen no tienen nada que ver con la verdadera amistad, porque en momentos críticos fallan y no saben apoyarse o ayudarse, carecen de una mínima noción de compromiso, de la disposición a ayudar si es necesario. Y así de hecho lo único que hacen es reunirse y compartir su soledad. Impulsados por su egocentrismo defienden su propio espacio a toda costa, sin darse cuenta de que así van alejándose de los demás poco a poco, hasta quedar completamente aislados.

En una búsqueda desenfadada intentan “disfrutar” todo lo que puedan valiéndose de drogas y alcohol. Desesperadamente buscan formas para gozarla la vida a base de emociones fuertes, y lo que hacen es matar el tiempo para evitar el aburrimiento. El tiempo, por lo tanto, se percibe como una carrera de un estadio ficticio, por la que hay que pasar; un tramo que es necesario superar, lo más rápido posible, y da igual cómo se llega hasta la meta. Lo importante es llegar. Ese tramo de carrera involuntaria representa las horas del día que separan a los protagonistas del momento que esperan: la hora acordada para salir, el punto de arranque para su marcha nocturna.

La droga representa un estimulante sencillo para poder conseguir emociones fuertes, es una forma de rellenar el vacío espiritual, para huir del aburrimiento. Es una manera que hace posible “desertar” del ambiente en el que los personajes se sienten incómodos, porque lo perciben como un espacio propio de un mundo hostil en el que se tienen que mover por obligación, y por eso lo detestan aún más. La huida se realiza a otros mundos virtuales que —según están convencidos— carecen de tales ataduras desagradables y limitadoras, como lo pueden ser la responsabilidad, el deber o el compromiso. Esa nueva realidad se convierte en un espacio deseado y anhelado. Es una ilusión, no obstante, para los personajes es fácil borrar la línea fina y casi imperceptible que separa lo real de lo ilusorio. Se trata de una destreza que resulta imprescindible para el hombre moderno si quiere resistir en la sociedad postmoderna en la que “[...] es el propio arte que trata desesperadamente de ser realidad, mientras que la realidad se disfraza de ilusión”.¹⁴

El aburrimiento, o mejor dicho, el miedo al aburrimiento, se convierte en una obsesión pervertida que genera situaciones caracterizadas por actos y comportamientos peligrosos. De esta forma se van anulando los miedos propios del hombre, como por ejemplo el natural miedo a la muerte, volviéndose éste, a su vez, en una excitación deseada. Éste es incluso el caso del personaje de Fierro quien termina por ser víctima de los crueles juegos de sus amigos, según lo comenta Roberto, otro de los protagonistas:

Una vez, Carlos y yo le cogimos por los pies y estuvimos a punto de dejarle caer por el hueco de la escalera. Y Fierro se reía. No se dio nunca cuenta de lo cerca que estuvo

¹⁴ CORNAGO, Óscar. *Resistir en la era de medios. Estrategias performativas en literatura, teatro, cine y televisión*. Madrid: Iberoamericana /Vervuert, 2005, p. 11.

de que le pasara algo. Luego nos dio la coña durante varias semanas que lo repitiéramos.¹⁵

Pero la explicación de por qué era así queda clara, e incluso el mismo personaje de Roberto es consciente de la razón principal en la que hay que buscar las raíces del fenómeno:

Me había ido endureciendo, estaba fascinado con la violencia, con la muerte, con el sufrimiento. Todo eso me ayudaba a sobrellevar mis frustraciones. [...] Un día nos subíamos a los andamios. Otro cogíamos el coche y nos poníamos a correr. Una vez hasta hicimos el suicida.

—¿El suicida?

—Nos metimos en dirección contraria en una calle.¹⁶

En situaciones como ésta, los personajes no sólo hacen gala de su valentía, sino que, además, se convierten en los únicos dueños de la ciudad nocturna, quienes imponen a los demás su voluntad, sometiendo de tal modo toda la ciudad al dictado de sus propias reglas.

En esta relación podemos ver en la ciudad una de las representaciones de un espacio que dispone de una doble vida, como si fuera un bosque, en el que de día suele pulsar el ritmo monótono dado por el movimiento de sus habitantes legales. De noche, sin embargo, se convierte en un lugar peligroso, dominado por los “desheredados” de la sociedad quienes igual que los bandoleros de antaño siembran terror alrededor suyo. Así como solían hacerlo los perseguidos por la ley, que cruzaban el “bosque” montando a caballo, ellos pasan por los caminos del “bosque” nocturno de Madrid en los coches que les han comprado sus padres.

En este contexto podemos hacer constar que los personajes de Lucía Etxebarría actúan de otra manera. Se trata sobre todo de personajes femeninos que se encuentran en situaciones muy distintas. Estas jóvenes, al contrario, quieren independizarse. Beatriz, la protagonista de la novela *Beatriz y los cuerpos celestes*, se rebela y huye de su casa en un intento de emancipación. En un esfuerzo desesperado de liberarse de la opresión impuesta sobre todo por la madre. Ella quiere mantener a su hija adolescente en una posición sumisa e indefensa, propia de niños.

¿Para qué intentar huir y dejar atrás la ciudad donde caíste? ¿Por la vana esperanza de que en otro lugar [...] ya no te dolerán las cicatrices y beberás un agua más limpia? A tu alrededor se alzarán las mismas ruinas de tu vida, porque allá donde vayas llevarás a la ciudad contigo. No hay tierra nueva ni mar nuevo, la vida que has malogrado malograda queda en cualquier parte del mundo.¹⁷

¹⁵ MAÑAS, José Ángel, op. cit., pp. 235–236.

¹⁶ MAÑAS, José Ángel, op. cit., p. 234.

¹⁷ ETXEBARRÍA, Lucía. *Beatriz y los cuerpos celestes*. Barcelona: Planeta, 1998, pág. 19.

La huida es una solución muy frecuente por la que optan también los personajes de otros autores, por ejemplo los de la novela *Tokio ya no nos quiere*, de Ray Loriga. Los personajes huyen y cambian de espacios cruzando varios tipos de fronteras. El protagonista es un traficante de drogas cuyo trabajo le obliga a viajar por el mundo cruzando fronteras “reales”, moverse por una cantidad de ciudades de diversos países, culturas diferentes y capas sociales muy distintas. Este cruce de fronteras, no obstante, no es el más importante. Para el protagonista, igual que para sus clientes tiene una importancia clave el cruce de una frontera imaginaria, la que separa la realidad del olvido. Ese cruce se realiza mediante una nueva droga química que produce una erosión de memoria, es decir, ayuda a superar precisamente esa frontera mágica entre una realidad cruda, llena de violencia, crueldad, indiferencia e incomprensión, y el olvido, un estado, o más bien un espacio, mucho más amable, agradable, sin problemas, que se convierte en una meta deseada. Ese escapismo es una de las soluciones más frecuentes. Los personajes prefieren huir evitando enfrentamientos desagradables, evitando asumir cualquier responsabilidad. A pesar de que la eliminación de memoria es absoluta, para estos personajes representa una solución. Se borran tanto recuerdos desagradables, de los que uno no quiere acordarse más, y al mismo tiempo se evapora la noción de datos, nombres y personas que todos desean retener en la memoria.

Para concluir podemos hacer constar que las llamadas crónicas urbanas están protagonizadas por jóvenes que son prototipos de personas irresponsables, intolerantes, egocéntricas, y por ello determinadas al abandono y la soledad, por lo cual se sienten —en su fondo— muy infelices e insatisfechos. Están desarraigados y desorientados, se aíslan y deliberadamente rechazan la incorporación a la sociedad que les rodea. Y por eso se niegan a respetar el espacio en el que se mueven, igual que el tiempo en que viven, sea de forma pasiva, recurriendo al escapismo y a la huida, sea de forma agresiva, intentando a toda costa imponer sus propias reglas y su voluntad.

En las novelas de los escritores que representan la Generación X —y en particular en *Historias del Kronen*— se refleja la cara oscura de la vida en nuestra sociedad moderna. Se nos presenta una visión del mundo y de la condición humana muy negativa. Se trata de una visión del hombre que se está balanceando al borde de un profundo abismo, y, paradójicamente, se tapa los ojos deliberadamente, apático ante el peligro evidente, sin procurar hacer nada para evitar la caída inevitable. Naturalmente, una visión así no nos proporciona satisfacción ninguna.

Por otra parte, sin embargo, podemos consolarnos con la noción de que cada abismo, cada despeñadero —por muy precipitado y muy profundo que sea—, tiene su fondo. Y una vez tocado su límite máximo, llegamos al punto que nos lleva a la única opción: seguir la única salida, el único camino que conduce arriba, fuera del abismo. El viaje de vuelta se puede convertir en una cura purificadora, en una subida de liberación. De esta forma, en el proceso —al principio tan negativo—, logra germinar la esperanza de una futura renovación: una posibilidad de catarsis necesaria que nos puede conducir a nuevos horizontes.

Referencias bibliográficas

- BUCK, Anna-Sophia; GASTÓN SIERRA Irene. «*El amor, esa palabra...*» *El amor en la novela española contemporánea de fin de milenio*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2005.
- CORNAGO, Óscar. *Resistir en la era de medios. Estrategias performativas en literatura, teatro, cine y televisión*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2005.
- COUPLAND, Douglas. *Generación X*. Barcelona: Ediciones B, 1993.
- ETXEBARRÍA, Lucía. *Beatriz y los cuerpos celestes*. Barcelona: Planeta, 1998.
- ETXEBARRÍA, Lucía. *La letra futura/La Eva futura*. Barcelona: Ediciones Destino, 2000.
- MANCHA, Luis. *Generación Kronen*. Alcalá de Henares: UAH, 2006.
- MAÑAS, José Ángel. *Historias del Kronen*. Barcelona: Delibros, 1992.
- MARTÍN, Sabas. La agonía del siglo o la desaparición de las certezas. In *Páginas amarillas*. Madrid: Ediciones Lengua de trapo, 1997.
- LORIGA, Ray. *Tokiyo ya no nos quiere*. Madrid: Debolsillo, 1999.

Abstract and key words

In Spain the last decade of the 20th century is related with a new generation of young authors who represent the so called Generation X. Their novels are often referred to as “urban chronicles”, because these writers focused mainly the common life of the young generation, teenagers and adolescents. As the everyday reality of their heroes is influenced by political, social and cultural changes, the writers offer in their works a reflection of the situation in the contemporary western society. Both the time and the space are categories that in the works of Generation X members receive a special treatment. Therefore it is very interesting to pay special attention to them and observe the ways they are being used as significant elements in the novels written in 1990’, especially in *Historias del Kronen*.

Contemporary Spanish Literature of the 1990’s; *Historias del Kronen*; Spanish society at the end of the 20th century